

A LA MEMORIA DE BRAVO.

Caudillo heróico entre los que dieron sér político á las colonias europeas del Nuevo Mundo, fué Nicolás Bravo; hazañoso, de ánimo levantado, al dar libertad á trescientos prisioneros, cuando supo la muerte de Leonardo Bravo, su padre, alcanzó la inmortalidad histórica; varon de quien puede decirse que desde su juventud sirvió á la patria, sin esperar retorno alguno y sin más fin que enaltecerla. La grandeza de sus virtudes cívicas debe estimarse por la sublimidad de la obra que, con otros hombres ilustres, ayudó á llevar á cabo: la Independencia de la América; suceso humanitario, que otro igual, hasta ahora, no se ha registrado en los anales del mundo.

¡Loor á la grande alma de Nicolás Bravo, en el Centenario de su nacimiento!

Puebla, 1886.

FÉLIX BÉISTEGUI.

HOMENAJE A BRAVO.

No la admirable serenidad que por lo comun mostraba en el combate; no el arrojo con que en la Garita del Zapote y en el Puente del Rey se lanzó sobre un enemigo, superior en todo, ménos en el valor; no el denuedo y constancia con que se manejó en Coscomatepec; ni la habilidad con que dirigió el sitio de Puebla: nada, sino la virtud, ha inmortalizado el nombre ilustre de NICOLÁS BRAVO, quien á inmediaciones de Veracruz supo conquistar el respeto y la admiracion del mundo, que ve en él al cristiano, al filósofo, al patriota.

Merecidas fueron las muchas consideraciones que en la prision se le guardaron, y la opinion del Virey, á quien le parecia tener delante, no á un insurgente prisionero, sino más bien á un príncipe destronado. Merecido igualmente fué el respeto con que el general norte-americano, vencedor de Chapultepec, se descubrió para saludar al que habia sucumbido con honor.

Sí, porque más que al soldado valiente, se veía al generoso libertador de los prisioneros españoles, y al que no habia podido conservar su serenidad á la vista del espectáculo que presentaran catorce mil industriales chilapenses, obligados á abandonar la tierra de sus padres.

El recuerdo de esas acciones y de haberse hecho conducir, ya casi moribundo, para impetrar gracia en favor del simpático prisionero de Yextla, sean los pétalos de la flor que humildemente coloco sobre la tumba de un mexicano que supo servir á su Patria y darla lustre.

Dígnense, en representacion del héroe, aceptar esa flor los pueblos del hermosísimo rumbo del Sur, y no olviden que en su mismo territorio nació tambien otro héroe esclarecido, el que le ha dado el nombre á aquel Estado; el que, buen amigo de Bravo, supo favorecerlo en la desgracia; el ilustre Guerrero, cuyo centésimocuarto aniversario debemos recordar en esta fecha.

Puebla de Zaragoza, 1886.

JOSÉ DE LA LUZ PALAFOX.

EN EL ALBUM DE BRAVO.

Si el descubrimiento del Nuevo Mundo se ha considerado siempre como uno de los acontecimientos más grandiosos de la humanidad, como el broche de oro con que cerró la Europa su historia de oscurantismo y de barbarie; la emancipación política de la América será el único hecho que, en el curso de los siglos, pueda disputar la supremacía al atrevido pensamiento del ilustre genovés.

La tierra vírgen americana, al recibir el *fiat lux* del inmortal Colon, recibió también con la civilización europea, todo ese legado de ignominia y de abyección que la moribunda Edad Média esparcía al caer bajo sus envejecidos escombros, carcomida por la acción poderosa del progreso humano. Los arcos militares de Cortés y de Pizarro conservaban todavía el polvo y la herrumbre de los castillos feudales: la lanza que atravesó el corazón de los incas de Manco-Capac y de los aztecas de Cuauhtemoc, fué la misma que se blandió en Edesa, Tiro y Tolemaida; en sacrilego maridaje con el lábaro santo de la redención, recibimos el látigo del Señor, y junto con las máximas del Apóstol de Galilea se nos trajo el diezmo, la encomienda, el gremio y todo ese enjambre de instituciones, que allá en remotos tiempos sembraran unos pueblos á los que, con justicia, se ha llamado bárbaros.

No hay que culpar por esto á la madre Patria. Los pueblos de Europa no habían presenciado todavía los grandes cataclismos operados por las revoluciones del entendimiento: veían á Carlo Magno como una encarnación de la Divinidad, y los estragos de Sajonia herían su imaginación poco menos que los juegos infantiles: los diez años de conquista que empleó César para sojuzgar las Galias, pasaban ante sus ojos como un acontecimiento natural; y la heroicidad de los hijos de Sagunto nada añadía ni quitaba al valor de los ro-

manos. La España de Carlos V no podía educar á sus hijos en la escuela del 93.

La América, levantándose del polvo y de las cadenas, sin pasar por las gradaciones políticas de las demás naciones, presenta al Universo la epopeya más grandiosa de los modernos tiempos: la revolución más útil que ha conmovido á la humanidad. La astronomía, la navegación, la geografía, la industria y el comercio, perfeccionados por el descubrimiento de la América, para su mal, se han convertido, por su independencia, en otros tantos medios para acelerar, perfeccionar y consolidar la felicidad de ambos mundos. Ella ha abierto sus brazos á los pueblos de la Europa, que hollados por la política, ahuyentados por la guerra y acosados por el furor de todas las pasiones, sedientos de paz y de tranquilidad, han atravesado el Océano, sin la ferocidad ni la perfidia de los héroes del siglo XVI; como hermanos y no como tiranos; como menesterosos y no como señores; no para destruir, sino para ayudarla á levantar ese suntuoso templo que edifica al dios Trabajo.

A luchar por la idea, á combatir por la libertad, la América es la que ha enseñado al Viejo Mundo. La regeneración política de América es hija primogénita de esa idea santa, sublime, que se llama la libertad de los pueblos, y que nació (si álguien no lo ha dicho lo diré yo) acá en las abruptas rocas de los Andes, acá en las elevadas cimas de la Cordillera de Anáhuac y de los montes Alleghanis.

¡Con justicia los pueblos americanos se llenan de santo orgullo al recordar su Independencia; con razón consagran apoteosis á los héroes de tan bendita causa!

Plutarco elogia el denuedo y las virtudes cívicas de Pelópidas, sus empresas gigantescas, sus bellas y gloriosas acciones, su conjuración contra los tiranos para libertar á su patria; mas ¿á qué distancia no quedan Pelópidas, Timoleon, Trasíbulo y todos los héroes del Viejo Mundo que odiaron la tiranía, si se comparan con los hombres de la América que concibieron la idea de redimir un Continente de la esclavitud? ¿Qué fuerza de intención es comparable á la de Washington, Bolívar, Hidalgo, Morelos, Guerrero, Bravo y otros muchos, que encendió en tantas miríadas de corazones el sentimiento de la libertad y el deseo de combatir por ella, comunicándoles al mismo tiempo el aliento de acometer empresas heroicas y la constancia de sufrirlo todo para triunfar de todo? ¿No os parece sublime, conmovedor, el espectáculo que presentarian cien millones de habitantes animados por una sola idea: la libertad de su privilegiado suelo?

Digna de todo elogio es la conducta del glorioso Estado de Guerrero, de ese

baluarte de las libertades públicas, que, contando entre sus nobles hijos un héroe de aquella magna causa, le levanta un monumento para conmemorar su eterna gratitud.

El advenimiento al mundo de una personalidad que no se pierde en la pléyade de los libertadores del Nuevo Continente, más que de regocijo nacional, merece serlo continental.

D. Nicolás Bravo, lanzándose con denuedo á la revolucion que dió por fruto la independéncia de la América, merece el respeto de todo corazón americano; D. Nicolás Bravo, como hijo de México, tierra predilecta de los héroes, es digno de un altar en todo pecho verdaderamente amante de su Patria; D. Nicolás Bravo, heróico en el combate, magnánimo en el triunfo, es acreedor á la gratitud, al cariño y al respeto de la humanidad.

Puebla de Zaragoza, 1886.

NICOLÁS MELÉNDEZ.

A LA MEMORIA DE BRAVO.

En el album santo de las memorias de ayer, en ese augusto Legendario que se llama Historia de las contiendas y luchas por las que ha pasado nuestra querida cuanto desgraciada patria, encontramos al hojearlo, páginas benditas que guardan los eminentes nombres y virtudes cívicas de los libertadores y padres de nuestra independéncia nacional. Al leer ese album venerando, nos sentimos movidos á imitar á los antiguos sacerdotes, quienes para consultar los Sagrados Libros, se ponian de rodillas con un cirio encendido en una mano, y en la otra el libro, todo en señal de respeto y religiosa veneracion.

Yo, al escribir estas pobres líneas, consagradas á la memoria de uno de los más ilustres hijos de México, quisiera fuera dable que viniera, al invocarle, el ángel tutelar de las naciones libres, para que se posara sobre mi cabeza, y arrancándose una pluma de sus alas, la pusiera en mi mano y me inspirara misteriosamente todo cuanto puede escribirse en honor de uno de los apóstoles de nuestra emancipacion política; de esa figura singular que descuella entre los héroes de su época; de ese preclaro hombre que en vida respondiera al nombre de NICOLÁS BRAVO.

Pero ya que no me es dado alcanzar la proteccion de esos manes que invocara, ocurro desde aquí en mi vida oscura, con toda la voluntad de mi corazón, al cariñoso concurso á que nos ha dado cita el patriótico llamamiento del Sr. General Francisco O. Arce, digno Gobernador del Estado de Guerrero, y humildemente me apresto, llevando sólo esta pobre ofrenda de gratitud que ofrezco ante el ara santa del altar que se levanta allá en Chilpancingo, tierra natal de nuestro héroe, para solemnizar la apoteosis del centenario de éste.

Así como el náufrago no sale á la superficie del agua del Océano sino cuando ha muerto, así las virtudes y glorias de los hombres como BRAVO, no bri-

llan sino despues que sus dueños han dejado de ser y pasado á otra vida mejor.

El gran filósofo del mundo, el Hombre-Dios, fué mofado, burlado y hasta sacrificado en una cruz, allá en el Calvario, por el pueblo deicida, y despues, y muy luego, es reconocido como el libertador y redentor de la humanidad, quien le ha levantado templos y altares para rendirle culto y adoracion como á su Dios salvador.

Allá en la Roma antigua, emporio de las guerras, de las ciencias y de las artes, la Historia nos enseña que hubo un César, un Germánico, un Numa Pompilio, un Bruto, un Justiniano, un Alejandro, etc., etc., quienes, cada uno por su parte, cooperaron con su valor, ciencia y constancia para alzar desde sus cimientos ese edificio social, cuyos benéficos resultados de progreso y civilizacion han llegado á sus pósteros, en cuyo número nos hallamos nosotros. ¿Y qué hicieron en justicia los contemporáneos de esos genios de la guerra, del saber y de la actividad? Nada, ó casi nada, en favor de aquellos, hasta que las generaciones que los siguieron han reconocido el mérito y dado á cada uno el lugar de honor y gloria que le corresponde.

¿Qué se hizo con Galileo, Colon, Guttemberg, y otros muchos genios esclarescidísimos que nos legaron tan sabios descubrimientos, como son el de la revolucion y rotacion de nuestros planetas, el del Nuevo Mundo y el de la imprenta? ¡Infamia! Fueron tenidos como locos y charlatanes, y hasta condenado alguno de ellos como hereje. Pero despues, el mundo entero se descubre y se inclina reverente ante las gigantescas figuras de esos dioses de la ciencia de los milagros.

Por último, Washington, Bolívar, Lincoln, Hidalgo, Juárez, Bravo, etc., fueron los apóstoles redentores de este nuevo Continente americano. ¿Y qué se ha hecho hasta aquí que fuera digno y correspondiera á su encumbrada gloria, conquistada con tantos sacrificios? Los pueblos americanos nuestros hermanos, tal vez tengan mejor derecho á respondernos nuestra pregunta, porque en algo han cumplido con su deber de gratitud hácia aquellos padres de la Patria; pero nosotros casi nos hemos dormido, y así olvidado de nuestros héroes, conformándonos con medio recordarlos cada año, al ruido de la trivial y mal combinada fiesta cívica del 16 de Setiembre, y acercarnos al pié de la tribuna alguna vez, para oír repetir lo que ya sabemos, por ser tan público y notorio.

Por eso, hoy que el digno gobernante de Guerrero es el primero en tributar un homenaje merecido á la memoria del inmortal patricio NICOLÁS BRAVO, debemos todos los que nos envanecemos con llevar el nombre de mexicanos, elevar un voto de gracias á aquel gobernante, y darnos prisa para asociarnos

á él, á fin de que en ese monumento que se elevará para perpetuar el nombre del ilustre caudillo, se encuentren nuestras pobres ofrendas que la gratitud lleva á depositar en el altar de nuestro libertador.

Yo desde aquí, vuelvo á decir, concuro á esa fiesta á que el reconocimiento convida, y envío estas sencillas líneas, las que simbolizan el humilde óbolo que el creyente va á depositar en el tesoro que se forma en el centro del altar de los templos, cuando se levantan y se van á consagrar éstos al culto de los dioses.

Justo, muy justo es consagrar á la memoria del inmortal defensor de nuestra querida patria, no sólo un monumento, sino monumentos dignos que publiquen para las generaciones que están por venir, las virtudes de ese héroe que, cual otro Germánico, merece ser cantado en los himnos de los Sális, y ser llevada su estatua en procesion, cual la de este romano, en todas las fiestas populares.

Sí, ese ilustre hijo del Sur, cual otro Cincinato, aquel campesino romano que sólo á la hora del peligro en que su patria se hallaba, deja su azada en su tierra de labranza, sacude el polvo de sus vestidos, limpia el sudor de su rostro, viste la lorica que se le presenta, y ocurre presuroso á la defensa de su pueblo que lo llama; á nuestro libertador tambien, el eco del grito de Independencia en Dolores le sorprende labrando sus tierras en la Hacienda de Chichihualeo; y aunque muy jóven, se enciende en su pecho el santo amor de libertad, y deja el arado y va presuroso á tomar participio, con sus hermanos, en la lucha emprendida para salvar de la dominacion española á nuestra queridísima y nunca bien ensalzada México.

Despues, cuando dirige los destinos de ésta, dice tambien como Adriano: "*me propongo gobernar la República, de modo que se vea mi acuerdo de que no es propiedad mia, y que sólo soy su administrador en nombre de la Nacion.*"

Por eso, agradecidos sus hermanos redimidos, hoy asistimos á esa fiesta que en esa su tierra natal se le consagra, al levantar un monumento conmemorativo al recuerdo del centenario del nacimiento del benigno y magnánimo hijo de Guerrero, á quien con razon llamariamos "*el moderno Germánico Mexicano.*"

Puebla, 1886.

AGUSTIN M. REYES.